

Biografía del autor: Matías Rodrigo Palavecino nació en Goya, Corrientes, Argentina, el 24 de enero de 1987, se graduó como Profesor de Enseñanza Media y Superior en Lengua y Literatura en el Instituto Privado Superior “Presbítero Manuel Alberti” y actualmente se desempeña como docente en su ciudad natal. A los 16 años comenzó a escribir sus primeros relatos en la ciudad de Ushuaia, Tierra del Fuego, lugar donde descubriría su pasión por la literatura. Es autor del libro de cuentos de terror fantástico, *Cuando los ojos ven lo que no deben* (Autores de Argentina, 2017) y del libro de cuentos de realismo psicológico, *Bajo la piel oculta* (Alción Editora, 2019).

ISBN y código de barras: 9789877618723

EL AMIGO INVISIBLE

Por Matías Palavecino

Cuento perteneciente a la obra *Cuando los ojos ven lo que no deben*

Jueves 26 de junio del corriente año, 9: 05 horas.
Juzgado principal de Río Gallegos.

Está sudando de los nervios por las preguntas hostigadoras del abogado. Cree que la temperatura de la sala judicial ha subido porque la camisa blanca se le está pegando al robusto cuerpo bajo el saco de pana negra. Un repentino mareo le viene y cree que si no endurece sus nervios el vómito será incontrolable, pero cómo, cómo lograr reponerse sobre aquella pregunta, cómo, ése mezquino hombre de saco y corbata que era recto de postura y de pecho inflado, se atrevió a preguntarle si había golpeado alguna vez a su hijo, a su único hijo de seis años. Es un desgraciado, pensó Facundo mientras desviaba la mirada hacia su esposa que esperaba sentada junto a su abogado.

La señora Argentina preocupada lo ve con los ojos llenos de lágrimas a punto de ceder al diluvio. Ella cree que todo eso es una pérdida de tiempo, un procedimiento inútil, algo insignificante y absurdo, sabe que su marido es incapaz de ponerle un dedo encima a Emiliano. Quiere que todo termine de una vez, desea que busquen más, que hicieran más de lo que ya estaban haciendo para encontrar a su hijo y que atraparan al secuestrador. Respira profundamente y se pasa los dedos por los ojos para quitarse las lágrimas antes de que descendieran por sus pálidas mejillas y, de esa forma, influirle confianza y serenidad a Facundo que se quebraba inocentemente en el estrado.

El abogado que trabaja para el departamento de servicio social corta su vaivén para pronunciar un nuevo interrogante cargado de ponzoña. Mira a su presa con el ceño fruncido y con el semblante duro y los labios secos. Quiere saber, una vez más, cómo había sido la escena cuando el padre dio con el cuarto vacío de Emiliano aquella mañana del 17 de abril. Quiere conocer más detalladamente el hecho principal de la desaparición, según él. Pero todos saben que quiere hacerle pisar el palito, enterrarlo en porquería, azotarlo frente al público. Todo es cuestión de quebrar al interrogado y sospechoso, hasta que se demuestre lo contrario.

El hombre se pasa la diestra mano por sus cabellos oscuros y se muerde los labios varias veces antes de responder, parpadea nerviosamente y contesta lo mismo de antes, aunque agrega detalles que el inquisidor solicita. Dice que se había despertado a las 8: 35 de la mañana, que su mujer todavía dormía, que fue al sanitario para higienizarse y después de vestirse fue a la habitación de Emiliano. No, su mujer aún no había despertado. Porque habían dormido tarde la noche anterior. Porque se habían quedado conversando. Del gobierno y la situación del país. Menos mal que la jueza interviene porque el acusado no sabe a dónde quiere llegar el rubio, quien se limita a lo puntual. Se quedaron despiertos hasta poco después de la media noche. Sí, y luego ambos durmieron.

Ahora Facundo está en su casa, viste una camisa blanca con unos pantalones oscuros, parece estar preocupado por algo, se ha peinado y ha puesto la pava con agua sobre la hornalla de la cocina eléctrica para hacer el desayuno. Ve sus pasos, sus zapatos de cuero negro, derecha, izquierda, derecha, izquierda sobre los escalones de la escalera de madera. Ve su mano diestra abrir la blanca puerta del cuarto de su hijo. Ingresa, prende la luz del techo y descubre la cama vacía. Revisa moviendo su cabeza de lado a lado, tranquilo al principio, pero como la habitación pintada de celeste está deshabitada, sin su pequeño dueño, Facundo cree que Emiliano se ha levantado y que está en el sanitario. Prepara, entonces, la ropa del niño para la cita del día, la primera, piensa. En eso oye un ruido, pasos que se aproximan a la habitación, piensa que son de Emiliano. Es Argentina que aparece despeinada y con la ropa de cama preguntando dónde está el niño. Él le habla. Ella le dice que no, que en el baño no está. Le dice que está segura porque viene de allí, ya se había higienizado. El hombre mueve su cabeza, ahora más rápido, buscando al niño. Debajo de la cama no está, en el armario tampoco. Ve correr a su esposa que ya empieza a llorar mientras grita el nombre del niño.

Ella corre fuera de la habitación. No sabe, él se queda pensando, dice. Luego va detrás de su mujer que ya está en el sanitario. Allí tampoco está. Facundo se ve bajando la escalera salteándose escalones y gritando el nombre de su hijo. Escucha que a sus espaldas Argentina desciende rápida y vociferante. Revisa la casa entera al tiempo que ella busca afuera, primero en el patio trasero y después en la calle, hasta la vereda.

Sí, después de cinco minutos llamaron a la policía.

La maestra, la señora Leguizamón, ya en el estrado, comienza a hablar. Por alguna razón, y no sabe por qué, tiene un nudo en el estómago y otro en la garganta. Dice con la voz seca que jura decir toda la verdad y nada más que la verdad. Se aclara la garganta y traga saliva. Ve al rubio abogado acomodarse el nudo de su corbata y luego preguntarle cómo era Emiliano. Quiere que le cuente su actitud y que la compare con los demás estudiantes.

El auditorio está atento, en la sala no vuela una mosca y, por el rostro de la señora Leguizamón, parece que el aire se va acabando. La ven sonreír nerviosamente al principio y después, como apenada, se va soltando. Cuenta que el desaparecido era normal. Normal, como todos. Contesta que normal para los ojos de ella. Tiene que aclarar y por eso los nervios regresan a sus labios que sonríen incontrolablemente. Responde que no. No, no era normal si se lo comparase con los otros alumnos de primer grado. Dice, refregándose las manos, que Emiliano era bueno, tranquilo. La ven permanecer en silencio por unos instantes, como si recordara.

La señora Leguizamón se ve ingresando al aula, ve a los pequeños aprendices ubicados en sus respectivos lugares. No sabe cómo ni por qué pero se halla observando a Emiliano que está quieto en su asiento ubicado al frente de la fila derecha, la que da contra la pared del recinto. Lo ve callado

mientras los demás alumnos están todavía conversando. Ella recuerda que el niño no era participativo en ninguna de las clases. Además desde marzo del presente año lo conocía. De entrada no le pareció diferente. Diferente, sí, porque se aislaba, no jugaba en los recreos, no hablaba con nadie. No tenía amigos.

La indagada observa a los padres del niño, ve que ellos la observan con ojos más penetrantes que el resto de los presentes.

La señora Argentina mantiene la mirada con la maestra recordando uno de los días en los que había llevado a Emiliano a la escuela. Se ve las manos y ve a su hijo despedirse triste. Está marchándose de allí cuando oye que alguien la llama. Se da vuelta y ve a la señora Leguizamón que se acerca con una sonrisa. Seguidamente, como en secreto, la pelirroja docente le pregunta qué le pasaba a Emiliano, le comenta que no se lo decía por algo grave, quería saber si siempre era tan reservado, tranquilo, pasivo, inactivo. Para ella que ya estaba acostumbrada a la personalidad de su hijo la pregunta la golpeó en el pecho.

El hombre de traje oscuro y corbata ajustada la observa con el ceño fruncido. Le pregunta a la maestra si recordaba alguna vez haber notado algo raro, extraño, que fuera inusual en Emiliano. La ve fruncir los labios pintados de rojo, como su cabello, observa sus cabellos rizados. Ella contesta que las últimas semanas, antes de la terrible noticia, el niño no prestaba atención a las clases y que en los recreos parecía hablar con alguien. Sí, con alguien dice. No, no era un compañero. No, no era un estudiante. No era nadie. Un día lo vio hablando solo, como si estuviese con otro niño, pero no había nadie con él.

Martes 8 de julio del corriente año, 9: 43 horas.

Juzgado principal de Río Gallegos.

Hace más de media hora que la señora Argentina, esposa del señor Facundo Léger, está declarando. Ha contado dos veces ya cómo había sido aquella mañana del 17 de abril. Contó detalle por detalle, cómo estaba el día, que si se había cepillado los dientes primero o después de haberse lavado la cara, cómo estaba vestido su marido, cómo estaba la habitación de Emiliano, qué fue lo primero que hizo ella.

Primero le había interrogado el abogado rubio. Ahora lo hace el que ha contratado junto con su marido.

El alto señor de traje gris la mira pasándose la lengua por los dientes superiores pero con los labios plegados.

Argentina se siente como se sentiría un pez que se ha dado cuenta que mordió un anzuelo y que está siendo jalado y que pronto estará fuera del agua luchando inútilmente por su vida para luego ser asesinado de un golpe con el dorso del filo del cuchillo del pescador. Se siente presa de sus propias palabras, de su propia boca, pero a la vez tiene hambre de justicia.

Finalmente el abogado abre la boca y pide a su clienta que describa la conducta de su hijo. Ve que la mujer se aferra con fuerza la frente. Le pregunta si se siente bien, si está descompuesta. Ella niega con dificultad. La jueza la inquiere, con una recta voz, si le parece hacer un receso. Argentina niega y levanta la frente afirmando que puede proseguir y se escuda tras una falsa sensación de calor. El abogado insiste con el interrogante.

La mujer aprieta la mandíbula sintiendo un mareo. Contesta al cabo de segundos.

Sí, dice que sí, que su hijo era diferente, no como los demás niños, pero que ella no lo veía mal. Sí, sabía que hablaba solo, pero creía que hablaba consigo mismo. Sí, Emiliano le había dicho quién era con quien conversaba. Un amigo. Eso fue todo lo que dijo argumentando que nada más había contestado el niño. Sí, un amigo. Sí, le había parecido inofensivo. No, normal no al principio, luego sí. Pero el padre no estaba de acuerdo con que su hijo tuviera un amigo invisible. Porque decía que no era normal. Porque él no había tenido uno en su infancia y no conocía a nadie que alguna vez lo haya tenido. No, ella tampoco lo había tenido.

Facundo mira a su mujer y cierra los puños con fuerza. Sabe que lo que dice Argentina es verdad y no le parece mal que lo cuente, sí le parece que fue rudo con su hijo al no permitirle, le había negado hablar a solas y no se había molestado en preguntarle quién era con quien conversaba.

El alto hombre de traje gris quiere saber más. Argentina con humo en los ojos siente que la vista se le nubla. Trata de restablecerse y respira profundo. Cuenta que su hijo no miraba dibujos animados, no jugaba con ningún niño, no tenía amigos como había dicho la señora Leguizamón. Agrega, ante insistencia, que lo trataban bien, que jamás le habían pegado. No, no lo habían lastimado. No, ni física ni moral o espiritualmente. Ante una pregunta la mujer se congela. No, no lo habían retado. Jamás. Pero sabe que miente. Facundo varias veces reprochó a Emiliano por su comportamiento cerrado, por ser tan introvertido. Por eso su esposo había decidido consultar a un especialista y pidió una cita y la cita era para ese jueves 17 de abril. Aun así no lo dice. Mira a su marido que la observa detenidamente. Como las preguntas siguen lloviendo, la mujer de ojos enrojecidos y ojeras profundas se desvanece y los oficiales intervienen.

El doctor Calderón se acomoda los anteojos de gruesos marcos mientras ve a la señora Argentina un poco más tranquila luego de rehidratarse. La ve al lado de su marido que la contiene con un abrazo; posteriormente, ambos prestan atención al especialista que está esperando a ser interrogado.

Primero se acerca el abogado del servicio social que se limpia el veneno que le cae por el costado de la boca. Estuvo esperando ese momento muchos días, muchas horas y al fin lo tiene ahí, sentadito y esperándolo para clavarle las preguntas en los oídos. Preguntas que ingresarían hasta su cerebro diplomático y lo perforarían hasta destrozarlo. Sin embargo, el psicopedagogo está preparado, tiene nervios de acero y paciencia de tortuga.

El rubio hombre se muerde los labios con una sonrisa siniestra. Lanza su primer dardo y ve que el doctor se acomoda en el asiento como disfrutando de la situación.

No, él jamás vio al niño. Sí, sabe que tenía seis años y que se llamaba Emiliano Léger. Había hablado por teléfono con el padre tres días antes. Sí, por la mañana lo llamó, le dice. Alrededor de las diez. Estaba con un paciente a punto de ingresar a la habitación para iniciar una sesión, responde. No, no lo sintió alterado a Facundo Léger. Sí, preocupado. Sí, había escuchado y seguido el caso.

El abogado ve que la pregunta acaba de entrar como una flecha tóxica en esos oídos, ve en aquellos ojos a través de los cristales que la indignación empezaba a crecer. Sí, él había sido quien analizó el diario del niño. No, no estaba queriendo interferir. No, tampoco quería publicidad ni fama, se defendió. Porque se lo habían pedido. Los padres. Hace ocho días. Sí, sabía que era una prueba significativa para el caso. Sí, aun así lo estudió. No, no cree que los padres fuesen culpables y/o responsables de la desaparición de Emiliano. No, no sabe con certeza cómo pudo haber desaparecido y tampoco sabe el por qué.

El especialista se acomoda los anteojos y espera un nuevo ataque. Ve el frío sudor del rubio bajar por sus sienes, por su cuello ceñido por la corbata.

El otro abogado se levanta mientras el venenoso se vuelve furioso a su lugar.

La defensa comienza el interrogatorio. Pide que explique el caso, haciendo una síntesis de lo que sabe y que hable del análisis que hizo del diario de Emiliano.

Mientras camina yendo y viniendo el hombre de traje gris, el especialista comenta que los padres del niño desaparecido han declarado y reiterado varias veces que no habían sentido ruido alguno la madrugada del jueves 17 de abril. Recuerda que Facundo dijo que las ventanas estaban cerradas, las puertas también y nada estaba forzado. Tampoco faltaban ropas de Emiliano ni nada de la casa. No fue un robo, no fue un secuestro para él. No, porque de lo contrario ya habrían llamado para pedir una suma de dinero o algo a cambio del niño. Agrega que la madre dijo que la alarma no se había activado y que tampoco el perro había ladrado, no faltaba nada, excepto Emiliano.

Los presentes ven el diario que le acerca la jueza al psicopedagogo para que comience con sus hipótesis.

El especialista lo abre y lo hojea lentamente. A continuación, lee en voz alta lo que Emiliano Léger escribió, sin hacer mención de la mala ortografía concebible para los seis años del niño:

...no me gusta ir a la escuela, estar en casa me entretiene porque puedo hablar con el, es mui bueno, siempre lo es.

...papá se enoja porque no tengo otros amigos mas que a el. No necesito a nadie mas, solo a el. El me quiere y yo lo quiero a el.

Lo siento, en la escuela tambien lo siento y me abla y yo le ablo tambien.

Me dice siempre cosas lindas. Es mui bueno.

...siempre viene cuando papá y mamá duermen. Ahora ya lo puedo ver a el. Es asi

El doctor muestra la imagen de un niño anunciando que es Emiliano y al lado de él está otro casi parecido al primer dibujo.

...me corte con el borde de una oja de papel y me sangra el dedo gordo. El me curo y no me sangra mas. Es mui bueno.

...me dice cosas... cosas cuando voi a dormir y cuando estoi en la escuela me gusta lo que dice el.

...oi me dijo el que ya no podra verme mas porque se tiene que ir. Yo lo quiero mucho y estoi triste... no quiero que se valla.

El es como yo.

El señor Calderón vuelve a mostrar otro de los dibujos en donde se encuentra Emiliano y su amigo a quien lo ilustra igual que a él pero con un par de alas, alas que aparecen en todos los dibujos que representan a su amigo.

Yo no me quiero quedar sin el, mamá y papá se van a enojar mucho mucho con lo que voi a aser, pero lo tengo que aser.

...van a saber que el me llevo a ese lindo lugar que seimpre me cuenta. Es mui bueno el.

Yo me quiero ir con el.

El psicopedagogo anuncia que lo que sigue son las últimas líneas de Emiliano.

...amor a mamá y a papá me voi con mi hermanito.

Inmediatamente, el atormentado matrimonio Léger se mira, Argentina suelta su llanto y Facundo aflojando todo su cuerpo sin poder creer dice que Emiliano era gemelo de un niño que falleció al nacer.



Ilustración de Diego Rolón